

Catecismo 724 – 726 Alégrate, llena de gracia -II

JOSE IGNACIO MUNILLA

Obispo de San Sebastián

Un cordial saludo a todos los oyentes de Radio María. Un día más, con la gracia del Señor, proseguimos el comentario del catecismo de nuestra madre la Iglesia.

Estábamos comentando la presencia del Espíritu de Cristo en la plenitud de los tiempos. Primeramente, el catecismo en torno al punto 717 habla de la plenitud del Espíritu y su presencia en Juan Bautista, y después en María.

Punto 724:

En María, el Espíritu Santo manifiesta al Hijo del Padre hecho Hijo de la Virgen. Ella es la zarza ardiente de la teofanía definitiva: llena del Espíritu Santo, presenta al Verbo en la humildad de su carne dándolo a conocer a los pobres (cf. Lc 2, 15-19) y a las primicias de las naciones (cf. Mt 2, 11).

Se utiliza la imagen de la zarza ardiente, como imagen de María

Éxodo 3, 1-8:

- 1 *Moisés era pastor del rebaño de Jetró su suegro, sacerdote de Madián. Una vez llevó las ovejas más allá del desierto; y llegó hasta Horeb, la montaña de Dios.*
- 2 *El ángel de Yahveh se le apareció en forma de llama de fuego, en medio de una zarza. Vio que la zarza estaba ardiendo, pero que la zarza no se consumía.*
- 3 *Dijo, pues, Moisés: «Voy a acercarme para ver este extraño caso: por qué no se consume la zarza.»*
- 4 *Cuando vio Yahveh que Moisés se acercaba para mirar, le llamó de en medio de la zarza, diciendo: «¡Moisés, Moisés!» El respondió: «Heme aquí.»*
- 5 *Le dijo: «No te acerques aquí; quita las sandalias de tus pies, porque el lugar en que estás es tierra sagrada.»*
- 6 *Y añadió: «Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob.» Moisés se cubrió el rostro, porque temía ver a Dios.*
- 7 *Dijo Yahveh: «Bien vista tengo la aflicción de mi pueblo en Egipto, y he escuchado su clamor en presencia de sus opresores; pues ya conozco sus sufrimientos.*
- 8 *He bajado para librarle de la mano de los egipcios y para subirle de esta tierra a una tierra buena y espaciosa; a una tierra que mana leche y miel,*

Muchos padres de la Iglesia interpretaron en esa zarza ardiente y que sin embargo las llamas no consumían, una simbología de María. Todo el antiguo testamento es una figura del nuevo testamento, por tanto todo aquello que nos ayude a entender mejor el nuevo testamento, fue interpretado por los santos padre de esa forma.

Esta zarza que está ardiendo y no se consume, la tradición católica la leyó como un símbolo de María Virgen durante el parto.

San Bernardo dice:

“Que prefiguraba en otro tiempo aquella zarza de Moisés, ardiendo pero sin extinguirse, sino a María dando a luz sin experimentar los dolores de parto”.

¿Cómo es posible que la maternidad y la virginidad puedan llegar a ser dos **“vocaciones compatibles”**.?

Otros padres añaden lo siguiente:

¿Cuántos siglos habían esperado a María, llamándola con lágrimas y suspiros?. La espero el tiempo de Moisés y no la vio sino simbolizada en una zarza ardiendo e incombustible; así como aquella zarza podía arder y no se consumía, así también, María podía dar a luz al Hijo de Dios sin dejar de ser virgen.

Santo Tomás de Villanueva:

Bien recordáis, oh Virgen, aquella zarza que ardía y no se quemaba; así formáis vos sin corromperos, un solo cuerpo con el divino fuego, lo revestís de carne y Él os bañara de esplendor, Vos lo coronareis con la diadema de la mortalidad y Él os ceñirá con la corona de Gloria. Seréis una Virgen fecunda, una madre sin corrupción, solo en vos estarán asociadas la Virginidad y la maternidad, pues seréis al mismo tiempo la felicidad de esta y el pudor de aquella”:

Santo Tomás de Villanueva da una especie de explicación al misterio del parto virginal de María. Dice que Cristo recibió de María Virgen un cuerpo verdadero y mortal, y en ese intercambio Cristo quiso entregarle a María la incorrupción en el momento del parto.

Hay que subrayar que el motivo por el que Dios quiso llevar adelante el parto virginal, es para destacar el don tan grande de Dios. El hecho que “el Hijo del Padre” sea Hijo de la Virgen se trata de un don que nos supera y que es milagroso. Es más, físicamente se parecería a María: **Nació de María Virgen –ex María virgine-**.

La iglesia hubo un momento que rechazo una herejía que pretendía decir que Jesús había nacido “por María”, es decir “a través de María”, como si fuese una especie de madre de “alquiler”, que se dice hoy en día. Jesús toma carne y sangre **de** María (este “de” es muy importante).

Otras tendencias Gnósticas pretendían decir que la humanidad de Jesús era como ficticia. No, la humanidad de Jesús era verdadera.

Juan 1, 14:

13 *la cual no nació de sangre, ni de deseo de hombre, sino que nació de Dios.*

14 *Y la Palabra se hizo carne, y puso su Morada entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad.*

Esta traducción de la Biblia de Jerusalén, y en la nota a pie de página dice que es una traducción literal de uno de los manuscritos que utilizo San Irineo y otros padres de la Iglesia; donde traducen en singular: “La cual” –palabra-.

Se está hablando de la concepción virginal –“no nació de deseo de carne”-, pero también se está hablando del parto virginal –“no nació de sangre”-; en el lenguaje bíblico “nacer en la sangre” hace referencia a la violencia del parto, donde el niño nace envuelto en “sangres”.

Algunos escrituristas autorizados han señalado como referencia a concepción virginal y al parto virginal de María.

Antes de proseguir al siguiente punto, cabría profundizar un poco más en ese signo de la “zarza ardiente”. Además del simbolismo del parto virginal de María; también como imagen de la “llama del amor ardiente” **del amor divino que purifica la tierra**. María es la zarza ardiente, es la llama del amor celestial que abrasa y purifica la tierra.

Lo que San Juan de la Cruz dice: “Llama del amor viva”, que la podemos aplicar al Espíritu Santo, y también a María.

En la homilía que pronunció Juan Pablo II en la beatificación de los pastorcillos de Fátima: Francisco y Jacinta, en el santuario de Fátima el 13 de Mayo del año 2000 hace una referencia a esta imagen de María como la “zarza ardiente”

**BEATIFICACIÓN DE LOS VENERABLES
JACINTA Y FRANCISCO, PASTORCILLOS DE FÁTIMA
HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II
Santuario de Nuestra Señora del Rosario de Fátima
Sábado 13 de mayo de 2000**

"Yo te bendigo, Padre, (...) porque has ocultado estas cosas a los sabios e inteligentes, y se las has revelado a los pequeños" (Mt 11, 25).

Con estas palabras, amados hermanos y hermanas, Jesús alaba los designios del Padre celestial; sabe que nadie puede ir a él si el Padre no lo atrae (cf. Jn 6, 44), por eso alaba este designio y lo acepta filialmente: "Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito" (Mt 11, 26). Has querido abrir el Reino a los pequeños.

Por designio divino, "una mujer vestida del sol" (Ap 12, 1) vino del cielo a esta tierra en búsqueda de los pequeños privilegiados del Padre. Les habla con voz y corazón de madre: los invita a ofrecerse como víctimas de reparación, mostrándose dispuesta a guiarlos con seguridad hasta Dios. Entonces, de sus manos maternas salió una luz que los penetró íntimamente, y se sintieron sumergidos en Dios, como cuando una persona -explican ellos- se contempla en un espejo.

Más tarde, Francisco, uno de los tres privilegiados, explicaba: "Estábamos ardiendo en esa luz que es Dios y no nos quemábamos. ¿Cómo es Dios? No se puede decir. Esto sí que la gente no puede decirlo". Dios: una luz que arde, pero no quema. Moisés tuvo esa misma sensación cuando vio a Dios en la zarza ardiente; allí oyó a Dios hablar, preocupado por la esclavitud de su pueblo y decidido a liberarlo por medio de él: "Yo estaré contigo" (cf. Ex 3, 2-12). Cuantos acogen esta presencia se convierten en morada y, por consiguiente, en "zarza ardiente" del Altísimo.

Es curioso que el santo Padre utilizase esta imagen en esta homilía. En el Apocalipsis también se dice : "Una mujer vestida de sol", imagen de la zarza ardiente, del fuego del amor de Dios; un amor de Dios que no destruye, sino todo lo contrario, que hace que el alma sea “difusiva”; haciendo que el alma misma se convierta en “brasa” que caliente al mundo.

Estos niños recibieron en Fátima una vocación, como dice el Papa, “una vocación reparadora”: “ *fueron víctimas de reparación*”. El que siente que el amor de Dios le consume, que le cautiva, que le enamora, pasa a tener una vocación de reparación.

Es algo que nosotros podemos comprender, que ya hemos comentado en alguna ocasión, de San Juan de la Cruz cuando habla de que la imagen del amor de Dios es como el tronco verde que es echado al fuego, y al principio empieza a chisporrotear hasta que pierde todas las impurezas y humedad, entonces

Se prende totalmente y se convierte en brasa haciéndose una sola cosa con la llama: “la llama y la brasa se confunden”; esa es la imagen de la zarza ardiente. Este fuego es el que nos hace una sola cosa: **El corazón de María arde con Dios ARDE CON EL MISMO AMOR.** Y calienta al mundo, es esa mujer vestida de sol.

Punto 725:

En fin, por medio de María, el Espíritu Santo comienza a *poner en comunión con Cristo a los hombres "objeto del amor benevolente de Dios" (cf. Lc 2, 14), y los humildes son siempre los primeros en recibirle: los pastores, los magos, Simeón y Ana, los esposos de Caná y los primeros discípulos.*

María es una mujer de comunión, ella es un “puente de comunión”.

Nosotros mismos en el momento de la confesión, recurrimos a María como la mujer de comunión, cuando decimos “Ave María purísima”. Ella es en la que se “repara” lo que el pecado hizo: si el pecado es una ruptura de la amistad de Dios con el hombre, en María se repara esa amistad. **María es el ejemplo de la perfecta reconciliación de Dios con la humanidad.**

Ese es el motivo por el que vemos a María como la intercesora, en el momento en que nos arrepentimos de nuestros pecados. De la misma manera que María le dijo a su hijo: “*No le queda vino*”; también le dice: “*Mira, no tienen la eucaristía, no tienen vocaciones, requieren tu perdón, necesitan de tu misericordia...*” María está intercediendo, **es la intercesora de todas las gracias**; y así también la venera toda la Iglesia.

Punto 726:

Al término de esta misión del Espíritu, María se convierte en la "Mujer", nueva Eva "madre de los vivientes", Madre del "Cristo total" (cf. Jn 19, 25-27). Así es como ella está presente con los Doce, que "perseveraban en la oración, con un mismo espíritu" (Hch 1, 14), en el amanecer de los "últimos tiempos" que el Espíritu va a inaugurar en la mañana de Pentecostés con la manifestación de la Iglesia.

En este punto se hace referencia a dos títulos que se le dan a María: **MARÍA MADRE DEL CRISTO TOTAL, Y MARÍA PRESENTE EN EL AMANECER DE LOS TIEMPOS.**

Jesús teniendo a María al pie de la cruz, le encomendó esa maternidad hacia sus hijos

Juan 19, 25-27:

- 25 *Junto a la cruz de Jesús estaban su madre y la hermana de su madre, María, mujer de Clofás, y María Magdalena.*
- 26 *Jesús, viendo a su madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a su madre: «Mujer, ahí tienes a tu hijo.»*
- 27 *Luego dice al discípulo: «Ahí tienes a tu madre.» Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa*

San Juan llama “mujer” sencillamente a María; y llama a Juan “hijo” no tanto por preservar el anonimato, sino para que ese “hijo” prefigura a cada uno de nosotros.

María es madre del Cristo total, y con ello se quiere decir que no solo es madre de Cristo, que es cabeza del cuerpo místico; sino que es también Madre del cuerpo místico.

Tan unidos estamos a Jesucristo que la maternidad de María hacia su Hijo es también hacia nosotros; pero con una diferencia y es que la maternidad de María en Jesucristo fue un parto virginal, mientras que con nosotros tiene “un parto doloroso” con esas espadas que le atraviesan el corazón.

Corporalmente concibió a Cristo de una forma virginal, pero la redención de Cristo le costó a María sudor y sangre, es la maternidad que ejerce María con nosotros; María sufre con sus hijos.

Esas imágenes del Corazón Inmaculado de María, de Fátima y otras donde se ve la corona de espinas rodeando el corazón de María. Estas imágenes hacen referencia a que la maternidad de María es dolorosa. No se puede querer a unos hijos que van por caminos de perdición, sin sufrir por ellos.

“**Cuando se quiere se sufre**”. La prueba es que hay algunas personas que por evitarse sufrimientos, renuncian a amar de verdad; la verdad es que también sufren por no amar.

El segundo título al que hace referencia este punto es **MARÍA PRESENTE EN EL AMANECER DE LOS TIEMPOS**.

Hechos 1, 14:

14 Todos ellos perseveraban en la oración, con un mismo espíritu en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús, y de sus hermanos.

María estuvo presente al pie de la cruz, María esta, también presente en un momento gozoso que es Pentecostés.

El cenáculo es lugar santísimo para todos nosotros, donde tuvo lugar no solo la última cena y alguna de las apariciones de Cristo resucitado, también Pentecostés. Es el lugar donde se “da a luz a la Iglesia”, donde “amanece los nuevos tiempos”, **María está presente ahí**.

No es por casualidad que el Señor quiso que la institución de la Eucaristía y Pentecostés ocurrieran en el mismo sitio. María custodia la Eucaristía “Ella es el sagrario que custodia a Jesucristo”. Eso es lo que hace María en el cenáculo, ella atrae al Espíritu. Porque el Espíritu entra en un lugar, por designio de Dios Padre, pero es recibido en la medida que haya “sed” del Espíritu. En el cenáculo se recibió en profusión el Espíritu Santo, porque María tenía una “sed plena” del Espíritu.

Gracias a esa presencia de María, el Espíritu Santo vino con más intensidad al colegio apostólico.

Esa imagen de María, presente en el “amanecer de los últimos tiempos”, es la imagen de María rodeada de los apóstoles en el cenáculo el día de Pentecostés. Dice algo importante, y es que el Espíritu Santo no está únicamente en el colegio apostólico – es cierto que el Espíritu Santo asiste especialmente a los apóstoles en la función magisterial que tienen-, pero desde aquel amanecer de la Iglesia estaba presente María, y de hecho algunas mujeres más, que también recibieron el Espíritu Santo.

Hechos 1, 14:

14 Todos ellos perseveraban en la oración, con un mismo espíritu en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús, y de sus hermanos.

Esto confirma que dentro de la Iglesia hay dos rostros: uno el “**rostro pretino**” y el otro el “**rostro mariano**”.

El rostro ministerial en el que el Espíritu Santo se da a través del ministerio jerárquico.

El rostro carismático, el rostro mariano, donde el Espíritu Santo –aunque no sea a través del sacramento del orden- **ilumina, actúa y es eficaz**

Están perfectamente integrados, tal y como en el cenáculo en pentecostés los apóstoles y María eran una sola cosa y se completaban perfectamente.

Recuerdo una imagen del papa Juan Pablo II cogido de la mano de la Madre Teresa de Calcuta; y la Madre Teresa como que tiraba del papa hacia adelante. Es una imagen de la Iglesia Mariana que “Agarra de la mano” a la Iglesia pretina y le ayuda a avanzar, pero no se suelta nunca de la mano; porque sabe que si se suelta de la mano de Pedro podría equivocarse, podría *“correr en vano”*.

En muchas ocasiones se ha querido contraponer, que si la Iglesia de base frente a la Iglesia jerárquica; que si la Iglesia carismática frente a la Iglesia magisterial. Como si fuesen cosas opuestas, y no. **Es el mismo Espíritu el que ilumina a María y a Pedro**, se ayudan y se apoyan mutuamente en ese misterio que es la Iglesia –cuerpo místico de Cristo-, donde todos los carismas son necesarios y se integran en la perfecta unidad.

Esta imagen del “amanecer de la Iglesia”, también hace referencia a que después de la “noche viene la luz”. Si Cristo vino al mundo en la noche e navidad y a partir de ahí la luz fue venciendo a las tinieblas. En nuestro hemisferio norte celebramos la navidad coincidiendo con los días donde la noche es más larga, y a partir de ahí la noche va cediendo tiempo al día.

Así también, la resurrección de Jesús, que es la segunda noche, es el momento en que la resurrección se hace luz, y la oscuridad –simbolizada por la muerte de Cristo- es vencida por la luz.

Y el tercer amanecer que vence la oscuridad es el de Pentecostés: Es la “tercera noche hecha luz”.

El Espíritu Santo que ilumina al corazón que permanece en tinieblas. Por eso le invocamos de esa forma: ***¡Ven divina luz!, enriquecenos, penetra nuestras tinieblas.***

Lo dejamos aquí.